

El reavivamiento religioso en Cuba

Annet del Rey Roa
Yalaxy Castañeda Mache

Investigadoras. Centro de Estudios Psicológicos y Sociológicos (CIPS).

La crisis cubana de los años 90 trajo aparejados cambios sociales que posibilitan una redefinición del espacio y la significación de lo religioso.¹ Desde una visión sociológica, se puede apreciar la existencia de un reavivamiento religioso, que alcanza diferentes expresiones en nuestra sociedad.

El aumento del número de personas que confiesan abiertamente su fe, o de aquellas interesadas en la temática religiosa, la proyección de lo religioso en el comportamiento ético-social, así como la influencia de iglesias, ritos, prácticas, símbolos y significados de las creencias en la vida de los individuos, constituyen algunos indicadores socioreligiosos que evidencian la expansión de este fenómeno y su progresivo desplazamiento al ámbito de lo público.

Esta demanda de lo religioso implica el surgimiento de nuevos actores sociales que se incorporan, con sus cosmovisiones y valores, una revalorización de las relaciones sociales y nuevas formas de experimentar y asumir las creencias y de organizarse, teniendo presente las peculiaridades de las membresías y los retos de los cambios socioestructurales que vienen ocurriendo.

Este artículo centra su atención en el significado de la religión para la sociedad cubana, a partir de los cambios acaecidos en la estructura social en el período aludido.

El contexto

Es importante comprender las condiciones que subyacen en los cambios, y entender los acontecimientos externos que tienen un grado de incidencia en las transformaciones de la estructura social, así como las características propias de esta. Ello no significa que la estructura social sea la única fuente de cambio, pero es necesario tener presente la correlación entre ambos para poder responder la interrogante: ¿qué es lo que está cambiando? Este cambio se traduce como un proceso de reestructuración y reajuste.² Uno de los primeros signos de tal evidencia se da en el sector económico, que genera una transformación en las relaciones de producción y una modificación en el sistema de propiedad. Aunque no han generado variaciones radicales en el campo político-ideológico o cultural,

los procesos de cambio en la organización de la vida material producen tensiones en tales ámbitos, según intervengan —directamente o no— en el proceso de producción u organización de la vida social.

Nuevos actores sociales configuran una noción reevaluada de las pautas de acción e interacción social, de las normas y valores; y contribuyen a una redefinición de las relaciones que se establecen en el proceso de la actividad práctica. El elemento de crisis que incide en los aspectos macroestructurales, afecta la cotidianidad de la vida social y deja su impronta en la subjetividad del individuo participe de tales procesos. En tal escenario, ocurre no solo una interpretación o cuestionamiento de la realidad, sino que también se desarrolla una intención de búsqueda de representaciones, símbolos, u otros elementos, apelando a su capacidad de protección y complementariedad. Este accionar puede ser consciente o no, así como poseer un relativo grado de intensidad.

La situación de crisis no implica una ruptura total y brusca con la realidad vivida antes, sino una nueva manera de hacer y concebir el proyecto socialista utilizando mecanismos económicos incongruentes con algunas posiciones anteriores y realizando reconceptualizaciones en la manera de asumir lo revolucionario, desde representaciones simbólicas diferentes, como es la religión, pero no por esto imposibles de complementarización.

Valdría la pena preguntar, entonces, qué significación social posee la religión ante esta realidad cambiante, y cómo es utilizada por los individuos en tanto estrategia para enfrentar los nuevos cambios.

La significación de la religión en la sociedad cubana

La religiosidad resulta de la síntesis que el sujeto realiza de su experiencia humana y su idea de lo sobrenatural —o sea, de la imagen del mundo que produce y reproduce—, determinada, en última instancia, por el espacio social en que se desarrolla. La significación social de la religión —en tanto objetivación de la experiencia religiosa— depende de su nivel de influencia y valoración dentro de la sociedad, y de su capacidad para estructurar o argumentar el universo simbólico de lo social. Por tanto, no analizaremos su significado a través de la producción y apropiación subjetiva de las ideas y creencias religiosas y/o la presencia o no de estas en la conciencia de los sujetos, sino mediante los procesos socializativos que ella redefine, en la potenciación —real o aparente— de nuevos sujetos y, consecuentemente, en la proyección de nuevas formas de acción social en virtud de la ampliación de los espacios sociales a los que puede

acceder el hecho religioso, legitimados por la sociedad y el Estado.

En el caso de Cuba, su actual incremento no significa que lo religioso sea el centro de la vida social, sino que han variado su significado, forma, contenido, intensidad y manifestación. Esto provoca una modificación de lo religioso a nivel social, lugar donde los procesos de secularización y desecularización no se encuentran al margen de las dinámicas productoras de nuevos mecanismos legitimadores en la sociedad y las esferas que la componen, así como de sus relaciones, sino, por el contrario, sirven de trasfondo o actúan como mediadores o imperativos en el establecimiento de estas nuevas dinámicas.

El triunfo de la Revolución cubana suscitó un cambio radical en todas las esferas de la vida humana: en la lógica de legitimación del nuevo proyecto político revolucionario, y en su interacción con la sociedad y las demás formas ideológicas existentes productoras de significados sociales, entre ellas la religión. Desde sus inicios, el proyecto revolucionario cubano significó un fuerte proceso secularizativo que había comenzado con la instauración de la república neocolonial, a través de la separación institucional de los poderes religiosos y políticos. La Revolución cubana catalizó la secularización de la vida social, no solo en el aspecto institucional, sino también en el sentido de participación o abstencionismo en la vida religiosa, a partir de la concepción científica del mundo, desde la perspectiva marxista, como sustancia de su ideología revolucionaria, teniendo como objetivo crear una *imago mundi* desembarazada de cualquier perspectiva religiosa, pues ella misma creó un universo plausible para su legitimación.

Tal propuesta alternativa del proyecto revolucionario significó un cambio cuantitativo y cualitativo para la sociedad cubana. Se produjo un redimensionamiento de la estructura social; emergió un nuevo sistema valorativo que, conjuntamente con las medidas socioeconómicas y políticas, condicionó una reorientación de la acción social que desembocó paulatinamente en la secularización de la conciencia colectiva.

Bajo estas circunstancias, y el enfrentamiento político verificado entre algunas jerarquías y élites religiosas —principalmente las cristianas— y el Estado revolucionario, ocurre un considerable éxodo de estas jerarquías, generalmente asociadas a los grupos y clases más solventes económicamente. Esto produjo, de alguna manera, un bloqueo de la percepción social de la religión y un extañamiento por parte de los sujetos sociales ante la imposibilidad de inserción coherente de lo religioso en el nuevo proyecto. Disminuyen sus contenidos en las artes, la literatura, la filosofía, y en general en el

universo simbólico. Se erige el paradigma de la ciencia como perspectiva autónoma y totalmente secular del mundo y de la vida de los hombres.

Pero incluso en esas circunstancias no se desvalorizó absolutamente el significado de la religión. Siempre hubo grupos que mantuvieron sus creencias, y las instituciones religiosas redefinieron sus funciones ante los nuevos cambios y ante el espacio social que les fue asignado. Para mantenerse y legitimarse, su núcleo de acción se centró en la familia y, sobre todo, en el individuo, aunque este no asumiera lo religioso como el fundamento de su vida social. De esta manera, la conciencia religiosa también se secularizaba. La religión solo era pertinente dentro de sus propios marcos y, fuera de ellos, solo cuando legitimaba y fundamentaba el nuevo universo simbólico creado. Pasa de cumplir una función sustantiva a una adjetiva en la vida social.

La apertura económica de los años 90, junto con una flexibilización respecto al tema religioso, ha señalado un cambio en la significación de la religión para la sociedad cubana. Las medidas económicas introducidas en el aparato socioestructural, conjuntamente con lo que se ha denominado la apertura religiosa, incluyendo la aceptación de creyentes religiosos en el PCC,³ facilita su ampliación hacia lo público. Se reorienta su acción social mediante estrategias individuales y colectivas más propicias, además, permea la visión que se tiene de la movilidad y proyección social.

La identidad revolucionario-comunista-atea que se identifica con cubano-patriota se transforma a partir del IV Congreso del PCC. Desde este momento, se produce una reelaboración y una reinterpretación de «ser revolucionario» que incluye la posibilidad de tener creencias religiosas. La introspección analítica que esta situación supone, por parte de los actores implicados —Estado, sociedad, religiosos y sus instituciones—,⁴ pasa por el redimensionamiento del espacio social, la aceptación y el respeto al «otro», la diferencia dentro de una nueva identidad que se establece. Ser revolucionario puede ser también tener creencias religiosas. Con ello se inicia un proceso de desestigmatización social del creyente. Pero, además, esta situación colapsa no solo las estructuras socioestatales. Las religiosas se encuentran ante el reto de saberse insertar coherente y atractivamente en una sociedad secularizada —no solo en los aspectos formales, sino en las prácticas discursivas, cognitivas y socializadoras— y de poder articular su discurso teológico en consonancia con las actitudes y experiencias acumuladas y en sintonía con los valores positivos creados por el proceso revolucionario, que pueden ser o no compatibles con los religiosos, pero igualmente funcionales para la sociedad. Solo por tomar un ejemplo, el derecho de la mujer a la anticoncepción y el

aborto es uno de los retos que impone la secularización a algunas expresiones religiosas, cuyo discurso se opone a este tipo de prácticas. Sin embargo, esta es una de las posibilidades ofrecidas por el proyecto social revolucionario más reconocidas por la mujer, pues le concede un estatus de libertad y autonomía genérica.

En estos momentos de desequilibrio estructural, la religión ha desempeñado un papel más allá de la mera protección y compensación de la vida cotidiana del sujeto real. Le ha servido a algunos individuos como mecanismo estratégico —y, a veces, táctico— para encauzar su vida en sociedad, enfrentar las situaciones anómicas que produce un contexto como el actual, y obtener asideros espirituales y materiales.

El reavivamiento religioso

El reavivamiento religioso⁵ es un indicador para medir la significación social de la religión, pero no el único, porque en periodos donde este no existe, la religión puede mantener su significación, en mayor o menor medida, dentro de la realidad social. Sin embargo, es útil porque expresa el incremento e intensidad de la vida religiosa dentro de la sociedad en un periodo determinado, y el espacio social que se remodela para su ejecución. De esta manera, denota la variabilidad del grado o nivel de significación social de la religión y, por lo tanto, nos servirá de variable explicativa para recorrer este proceso.

Quisiéramos llamar la atención sobre tres aspectos de importancia: a) el incremento comienza a revelarse como explosión religiosa, de modo advertible, a partir de 1989; b) tiene su instante de mayor expresión a mediados de la década de los 90; y c) finalizando esta —según criterios de expertos y de investigadores—, comienza a observarse una cierta tendencia al decrecimiento, aunque irregularmente. Se puede apuntar que esta tendencia decreciente se observa comparativamente respecto al año 1994, donde se alcanzó la cima del incremento: los niveles alcanzados en 1995 y 1996 fueron superiores a los años anteriores a 1994, pero inferiores a este. Lo más lógico sería sostener que la posible tendencia al decrecimiento implica una estabilización del censo religioso. De ello puede inferirse la asociación del incremento religioso con el período de crisis al tener un comienzo similar, alcanzar su manifestación mayor en igual tiempo y comenzar a decrecer y a estabilizarse a un ritmo próximo.

Entre los indicadores sociorreligiosos que evidencian la naturaleza y el efecto de estos reavivamientos, se encuentran: a) mayor asistencia a ceremonias religiosas; b) aumento de la membresía de las distintas

El reavivamiento religioso es un indicador para medir la significación social de la religión, pero no el único, porque en períodos donde este no existe, la religión puede mantener su significación, en mayor o menor medida, dentro de la realidad social. Sin embargo, es útil porque expresa el incremento e intensidad de la vida religiosa dentro de la sociedad.

religiosas; c) emergencia de casas-culto; d) respuestas funerarias; e) actividades de las instituciones religiosas en relación con la comunidad, expresadas en donativos y proyectos de acción comunitaria, fundamentalmente; f) incremento progresivo de la asistencia social a festividades religiosas (como las de San Lázaro, La Caridad y La Merced, y de otras figuras que forman parte del devocionario popular, como La Milagrosa y Tá José); g) mayor cantidad de locales de culto; h) más solicitudes de otros servicios religiosos; i) mayor utilización de signos religiosos visibles —crucifijos, collares, pulseras, vestimentas— y su venta en el comercio cuentapropista; j) presencia más notable de lo religioso en el arte; k) mayor número de iniciaciones, indicado, por ejemplo, por el índice de bautismos.⁶

La Iglesia católica

El reavivamiento religioso verificado en Cuba en los 90 ha funcionado en distintos aspectos del complejo católico. En este han operado similares factores que en el resto del campo religioso, con algunas particularidades. En 1989, varios indicadores cuantitativos de religiosidad se disparan, entre ellos la asistencia a actividades de culto y los bautizos, que guardan relación con el catolicismo —si bien no son propiamente indicadores de catolicidad, porque no siempre se trata, en ambos casos, de una participación comprometida y estable con la institución ni de asimilación consciente de un sentido sacramental. Se produce un aumento en la impartición de otros sacramentos católicos administrados en las iglesias —matrimonios, confirmaciones, comuniones y unción de enfermos.

Actualmente, la Iglesia católica en Cuba cuenta con 602 templos (algunos se han restaurados e incluso se han puesto a funcionar varios que estaban casi en ruinas), 11 diócesis (3 de ellas en calidad de arquidiócesis), 13 obispos (de los cuales tres son arzobispos y, desde 1994, uno es cardenal); 297 sacerdotes (55,3% cubanos), 29 hermanos legos, 31 diáconos permanentes, y 518 monjas, 60% dedicado al trabajo pastoral (del total,

34,1% son cubanas). Todos ellos totalizan 888 dirigentes de culto, 420 más que diez años antes.

En los dos Seminarios católicos existentes en la Isla, y en otros extranjeros, más de cien seminaristas se preparan para el sacerdocio, cifra similar a los momentos de auge católico al finalizar los años 50, aunque la retención se está comportando baja. Respecto a los años 80, la diferencia es notable, si se considera que en el curso 1987-1988 la cantidad de seminaristas era solo de 23.

Respecto a la feligresía regular, se hace realmente difícil un cálculo cuantitativo de algún rigor. No sería ilógico estimar que con el crecimiento, al finalizar los años 90, los católicos regulares —unas 80 000 personas o algo más— se acerquen a 1% de la población cubana, o posiblemente más; un incremento notable respecto a 0,5% calculado a fines de los 80. Según lo observado, esa membresía se caracteriza por un predominio de adultos, mujeres y personas de la raza blanca.

Hoy los católicos disponen de la mayor cantidad de publicaciones en los últimos treinta años —algo más de veinte en total. En algunas se agrupan personas de diferentes medios, lo cual constituye un vehículo de contacto con artistas e intelectuales. Se tiende a crear nuevas revistas especializadas promoviendo el laicado. Se mantiene la hoja dominical *Vida Cristiana*, fundada a inicios de los 60, con una capacidad de influencia que, si bien no se ha precisado aún, estudios iniciales sugieren cierta receptividad como vehículo de difusión de ideas.

De más significación que las cantidades resulta la incidencia católica en la sociedad, y su capacidad ampliada de influencia. A través de Charitas, la Iglesia católica interviene en actividades de desarrollo social y ayuda humanitaria; además, tiene mejores condiciones para el trabajo proselitista directo, personal. Por otra parte, en 1996 la organización norteamericana Catholic Relief Service donó un cargamento de medicamentos por valor de tres millones de dólares. La Conferencia Episcopal italiana ha hecho también donativos importantes en medicamentos y materiales para la salud. La Iglesia, que había perdido su participación asistencial

desde una postura caritativa, recupera esta misión que considera fundamental.

Si bien no es católica, la religiosidad más creciente tiene símbolos que se devocionan popularmente con un cierto referente católico y formas de expresión no muy ajenas a su estilo. Sus templos son depositarios de las imágenes de esos símbolos, y la institución administra rituales de contenido mágico apreciados por la religiosidad más extendida —bendiciones de agua, guano e imágenes, ritos funerarios y bautizos.

El movimiento laical ha dado signos de revitalización con la integración de distintas organizaciones como el Movimiento Estudiantil Católico Universitario (MECU), el Centro Católico de Formación Cívico-Religiosa, en Pinar del Río, el Equipo Promotor para la Participación Social del Laico, una asociación de periodistas católicos, y la Comisión Justicia y Paz. Se ha creado, en la capital, la Casa Laical, que organiza diferentes actividades formativas, al tiempo que se han celebrado tres versiones de la llamada Semana Social y otros encuentros de laicos, además de la reedición, en 1996, del Encuentro Nacional Eclesial Católico (ENEC). Los Padres Dominicos crearon el Aula Fray Bartolomé de las Casas, en la que realizan encuentros mensuales, conferencias y mesas redondas a las que invitan personalidades de diferentes medios.

Las iglesias protestantes

En el campo protestante es donde mejor se percibe el reavivamiento religioso. Su recuperación en los años 70 y 80 fue, tal vez, algo más acelerada que la del catolicismo, pero en los 90 los indicadores se disparan más notoriamente, en especial la membresía, los locales de culto y el número de sus dirigentes.

El fin del hegemonismo católico de las etapas precedentes, así como la política estatal de no favorecer religión alguna sobre las restantes, permitió al protestantismo ubicarse en mejores condiciones. El desarrollo de posiciones sociopolíticas coincidentes con objetivos y principios éticos revolucionarios le permitió alcanzar crédito social. Se advierte un crecimiento que, de manera gradual, va situando a estas expresiones en proporciones relativamente mayores respecto al catolicismo.

A fines de los años 80, el conjunto de iglesias protestantes contaba con una membresía de aproximadamente 40 700 personas —68 700 si se le suman los miembros de los Testigos de Jehová. Pero una década después, los estimados son de 116 490 y 191 490, respectivamente; es decir, en alrededor de diez años el protestantismo en Cuba ha crecido en 168%

y en 179% incluidos los Testigos, por encima de 46,8% con que, en igual periodo, creció el catolicismo.

El análisis del crecimiento de membresías protestantes arroja datos de particular interés. El mayor incremento se produce en las veinticuatro iglesias que hasta ahora calificamos de pentecostales, pero el ritmo no es similar al latinoamericano y el fraccionamiento en instituciones diversas no permite hablar todavía de una «protestantización» de la sociedad cubana.

Las religiones populares

El *boom* de lo religioso en este período abarca también a las religiones populares de origen africano, lo que se evidencia principalmente en cinco indicadores: a) el incremento de practicantes y, en consecuencia, de iniciaciones y de participación en ceremonias; b) tendencias hacia un fortalecimiento institucional; c) tendencias hacia un desarrollo doctrinal; d) una notable demanda de literatura; y e) la incorporación creciente del elemento migratorio, tanto interno como externo.

Estas circunstancias evidencian un cambio en el sistema valorativo, en el cual lo religioso desempeña un papel particular. La intelectualización de las expresiones religiosas marginales y subordinadas históricamente, como las de origen africano, se traduce, en la actualidad, como una necesidad de construcción de una teoría explicativa de lo social, a través de sus fundamentos religiosos y la llegada a estas religiones de personas de un mayor nivel cultural y educacional.⁷ La formación de organizaciones e instituciones de carácter principalmente religioso —aunque también con intereses académicos, como la Organización Unida Abakúa, la Sociedad Ifá Iranlowo y la Sociedad Cultural Yoruba— y la rearticulación de otras —sobre todo de corte cristiano— que existían y habían dejado de funcionar, constituyen muestras evidentes de ese proceso.

En Cuba, el espiritismo no escapa a ese reavivamiento religioso. En estos últimos años, las prácticas de tipo cordón y cruzado han logrado no solo aglutinar a un número considerable de practicantes en sus sesiones e incrementar los lugares para ofrecer sus actividades culturales, sino también insertarse en la vida social y cotidiana de los individuos, proyectando su trabajo a obtener un mejor comportamiento ético-social de sus creyentes, a la par que concede suma importancia a uno de los principales agentes de socialización religiosa —la mujer—, por lo cual tiene una determinada influencia a nivel de la socialización familiar.

Independientemente de su manifestación práctica, los espiritistas se sienten esperanzados porque —según

sus opiniones— a raíz de los cambios acaecidos, los individuos revalorizan el significado que han tenido hasta el momento y el que tendrán en un futuro no lejano las creencias espiritistas, así como el aporte que ellos pueden brindar en la solución de problemas sociales que acontecen hoy en día, no solo en Cuba, sino también en otras latitudes del mundo. Para ellos, el espiritismo tendrá una función más socializadora y alcanzará una significación social mayor.

El elemento migratorio incide en la expansión de este tipo de religiosidad en Cuba, marcando una nueva forma en las relaciones sur-norte. Se produce un mayor diálogo de los espiritistas cubanos con agrupaciones similares en el extranjero, tanto por la entrada de literatura, invitaciones a participar en eventos internacionales, como por la propagación de los diferentes estilos de prácticas que conforman las modalidades de cordón y cruzado.

La religión y las artes

La recurrencia del tema religioso en las artes, la literatura, el teatro, el cine, la música y la danza, utilizando sus contenidos simbólicos, así como la creación de grupos musicales y danzarios que se dedican a difundir música y bailes afrocubanos, constituyen nuevos indicadores que reflejan el reavivamiento religioso. También el interés de medios intelectuales hacia la religión, reflejado en tesis de doctorado y licenciatura, en cursos de post y pregrado y mediante conferencias relativas a esta temática.

Los individuos redimensionan sus actitudes ante lo religioso, reconociendo más abiertamente sus creencias. Quienes no las poseen, reconceptualizan sus relaciones ante una estructura de legitimación social diferente.

La significación social de la religión complementa la estructura plausible de la vida cubana. La ampliación de su espacio ha diversificado la sociedad civil, y permitido nuevas formas movilizativas de ascensión y prestigio social. La incorporación o reforzamiento de valores, no necesariamente exclusivos de la religión, ha redefinido las relaciones interpersonales y comunitarias. La manera de experimentar la religiosidad se ha enriquecido por las peculiaridades que aportan la vida secular y los cambios socioestructurales.

Las asociaciones que se producen en el marco de lo religioso se vuelven cada vez más funcionales y reconocidas socialmente. Por ejemplo, los «tambores» que se le realizan a los orishas dentro de la Santería sirven, según el criterio de algunas personas, como actividades de esparcimiento de la comunidad o el barrio, a la vez que cumplen con su finalidad ritual.

La inserción en la vida religiosa activa de una parte de la población es una alternativa —no siempre excluyente de otras formas de acción social— ante las carencias materiales y los vacíos espirituales y morales. De esta manera se fue produciendo, de forma ascendente, el reavivamiento de las religiones, del cual han resultado favorecidas todas sus expresiones en el país, y se ha evidenciado el compromiso, cada vez mayor, de los creyentes con la fe en la cual se iniciaron.

Riesgos y desafíos para el campo religioso

El incremento de la religiosidad y el Período especial repercuten en el campo religioso de diferentes maneras. De tales hechos se desprenden aspectos que resultan nocivos para su desarrollo y el de sus instituciones, así como para la propia sociedad y los individuos.

El ingreso de personas sin preparación religiosa previa —algunas motivadas por razones no necesariamente espirituales—; el choque que ello produce con hábitos laicos; las necesidades materiales para los locales de culto, la celebración de ceremonias y otras actividades normales de los grupos religiosos, unidos a la dolarización de la economía, generan actitudes y pueden conducir a acciones no apropiadas a sus fines esenciales. Este problema ha motivado que las organizaciones religiosas promuevan reajustes estructurales y religiosos acordes no solo con las exigencias de los cambios sociales, sino atendiendo también a las diferencias y peculiaridades de los «nuevos iniciados».

La mercantilización que se deriva de las coyunturas económicas tiene efectos diversos. Un asunto problemático en las religiones de origen africano es el nivel de desigualdad que se establece entre los padrinos con ahijados extranjeros y los que no los tienen, surgiendo así los «diplobabalawos» y «diplosanteros». Este tipo de iniciación fue favorecido por la despenalización de la divisa, al pagar los extranjeros los derechos, atributos, etc., en moneda convertible. También las desigualdades se presentan con la posibilidad de viajar al exterior: algunos padrinos pasan temporadas en los países de sus ahijados y pueden hacer una actividad proselitista.

La mercantilización se observa, además, en expresiones religiosas cristianas, por sus relaciones con el exterior y la necesidad de su ayuda económica en moneda libremente convertible, para cubrir las necesidades inherentes a sus instituciones. Ello desencadena una búsqueda de fondos foráneos y, a su vez, crea nuevas dependencias o subordinaciones —muchas ya superadas con anterioridad— y la

revinculación con manifestaciones e instituciones religiosas homólogas del exterior. El hecho conlleva no solo la introducción de fondos desde el exterior, sino también la importación de patrones foráneos de evangelización, no siempre acordes con la cultura cubana.

Existen otros problemas como el recrudescimiento del sectorialismo y el aumento del denominacionalismo, que provocan el debilitamiento del ecumenismo y el desarrollo y reforzamiento de valores individualistas y no solidarios. A partir de un individualismo que hace énfasis en la exclusividad, se desarrollan actitudes despreciativas, y a veces hasta agresivas, hacia otras religiones.

La repartición de medicamentos y otros productos, así como los regalos en actividades infantiles y juveniles, producen un tipo de captación sobre bases interesadas, que ha sido caricaturizado como «jabonización de la evangelización».

Algunas conclusiones

La significación de la religión en la sociedad cubana actual discurre a través de tres elementos fundamentales, propiciados por el triunfo revolucionario de 1959 y la instauración del proyecto político social:

- La secularización de la conciencia colectiva.
- El establecimiento de una estructura de legitimación social diferente.
- El rediseño del escenario comunicativo entre sociedad y religión.

Estos criterios han posibilitado entender las diferencias entre distintos momentos de la relación religión-sociedad y, por ende, en el período que nos interesa: los años 90. Ellos han posibilitado problematizar el estudio en estas perspectivas:

- La pertinencia de analizar la significación social de la religión y los reavivamientos religiosos en la sociedad cubana desde los procesos socializadores y a través de ellos; o sea, la formación de nuevos sujetos sociales y, consecuentemente, la proyección de nuevas formas de acción social.
- La construcción de nuevas identidades sociales en relación con lo religioso, que promueve un desbloqueo de la conciencia colectiva hacia lo religioso y su acercamiento a esta realidad.
- La asunción de roles y funciones de instituciones religiosas en tanto servicios asistenciales a la población, cuando las instituciones estatales y sociales no los pueden llevar a cabo como antes, dadas las

limitaciones reales del período. Este servicio no se limita al ámbito material, sino también a la espiritualidad.

- La crisis y la apertura hacia lo religioso, que contribuyeron al reavivamiento religioso y a un aumento de la significación social de la religión.
- La inserción activa de las instituciones y movimientos religiosos en la sociedad civil cubana.
- La aparición de organizaciones con orientación filosófico-religiosa oriental que promueven experiencias de vida alternativa con acercamientos, reflexiones y aprehensiones diferentes del mundo real.
- La necesidad de nuevos tipos discursivos por parte de la religión, que conjuguen la «practicidad» que le imprime el cubano a la solución de sus problemas vitales, con el carácter «emocional» con que asume la fe religiosa.
- La ampliación del marco institucional religioso con la creación de nuevos tipos de templos informales de donde devendrán nuevos estilos de culto y nuevas aproximaciones a la realidad social.
- Las migraciones —internas y externas—, las nuevas medidas económicas y el mercado, así como el desarrollo de nuevas esferas económicas, que han posibilitado el florecimiento y expansión de las expresiones religiosas y, a su vez, las ha compulsado a realizar reajustes estructurales.

Las consecuencias al nivel social y dentro de la religión misma pueden ser variadas: unas transitorias; otras, con más permanencia. Por lo pronto, se acentúa la tendencia al movimiento hacia formas religiosas popularizadas, asociadas a la cotidianidad y a la solución milagrosa, menos comprometedoras en el plano ético y organizacional. Por otra parte, hay una búsqueda, en la religión, de solidaridad, ideales de vida, valores morales, espacios de comunicación y de relaciones interpersonales y grupales, de modelos de conducta y esperanzas. En conclusión, se ha producido una mayor presencia de la religión en la vida social, con notables cambios. Ello se advierte en cuatro escenarios:

1. Desde la esfera oficial del país:

- Eliminación de impedimentos en los estatutos para el ingreso de creyentes en el Partido Comunista de Cuba, según acuerdo de su IV Congreso, en 1991.
- Cambios de la reforma constitucional de 1992: definición del carácter laico del Estado y explicitación de la no discriminación por creencias religiosas.
- Eliminación paulatina, en la práctica social, de medidas discriminatorias sin respaldo legal, como el no acceso de creyentes a ciertos cargos y estudios, y otras coyunturales.

- Gradual sustitución de concepciones estrechas, dogmáticas, prejuiciadas, unilaterales y antidialécticas propias del llamado «ateísmo científico» en la ideología oficial, por concepciones dialécticas, abiertas, flexibles, lógicas.
 - Eliminación de los cursos de ateísmo en universidades y escuelas del Partido.
2. En la conciencia social y la práctica cotidiana:
- Aceptación por la población de los creyentes y las creencias como algo natural.
 - Reconocimiento abierto, por los creyentes, de sus creencias.
 - Mayor interés en la religión (demanda de literatura y de conocimientos religiosos en general).
3. En la cultura y medios de comunicación:
- Mayor presencia de lo religioso en la música, la danza, la plástica, la literatura, el teatro y el cine.
 - Referencias más frecuentes a la religión en la radio, la TV y la prensa escrita.
4. En las organizaciones religiosas:
- Incremento de recursos humanos y materiales.
 - Ampliación del espacio social.
 - Redefiniciones de las proyecciones políticas y sociales.

La importancia del reavivamiento religioso no reside exclusivamente en estos elementos, sino fundamentalmente en la apertura que implica en la socialización de los significados religiosos y de las interrelaciones en ambos ámbitos: social y religioso. Existen nuevas acciones, actitudes, posiciones, valores, estrategias en general para llevar a cabo proyectos de vida de los individuos. Se operan cambios dentro de estos, y en la sociedad, en la manera de expresarse y proyectarse la religión.

Notas

1. El presente artículo es parte del Resultado de Investigación «El incremento en el campo religioso cubano de los 90. Reactivamiento y significación social», de los autores Jorge Ramírez Calzadilla, Annet del Rey Roa y Yalaxy Castañeda Mache.
2. Entendemos como cambio de reajuste aquel que afecta la estructura social, pero no implica un cambio del sistema político.
3. Este fue un proceso de diálogo y estabilización de relaciones entre los grupos de creyentes y el Estado que articularon la fe religiosa de los primeros a su acción revolucionaria.
4. Se habla de instituciones religiosas, aunque no se reduce el término a las iglesias, sino también a aquellas manifestaciones donde se cristalice el fundamento de una fe religiosa, y de cuyos procesos socializativos se establezcan estructuras normativas legitimadas por el conjunto de sujetos implicados con un referente sobrenatural.
5. Respecto de este término, se ha producido una gran polémica en cuanto a la naturaleza y función del prefijo «re». Sin embargo, definimos esta situación como reavivamiento religioso porque, a diferencia de los anteriores, es en estos momentos —luego del triunfo de la Revolución— que la religión recobra una significación social importante.
6. El bautismo no es un indicador, en Cuba, de catolicidad, pero sí de religiosidad. La variación de este indicador puede apuntar y contribuir a la significación social de la religión.
7. La creación de esta teoría está marcada, fundamentalmente, por dos tendencias: la africanización y la cubanización, cuyo alcance y significación aún no están lo suficientemente estudiados. Estas tendencias han generado una polémica interesante, no solo dentro del medio académico, sino también en el medio religioso, entre aquellos practicantes que realizan estudios sobre la religión.

© TEMAS, 2002.